

# **EL POPULARISMO EN LA OBRA DE ORTEGA Y GASSET**

**Mohammad Mahmud Mohammad Othman**

**Profesor titular**

**Facultad de Letras**

**Universidad de Helwan**

La obra de Ortega es una fecunda muestra de cómo "el empleo de expresiones populares, incluso en trabajos científicos, es compatible con la actitud típica de la aristocracia intelectual", según escribe Werner Beinbauer<sup>1</sup>. Sería fácil hablar de casticismo al enfrentarse con estos usos orteguianos. Hay que distinguir, sin embargo, entre Ortega efectivamente castizo y otro casticista<sup>2</sup>.

En este trabajo, hemos preferido hablar de fórmulas populares, que rozan a veces el vulgarismo y que acercan el estilo de Ortega, en numerosas ocasiones, al nivel conversacional. Hemos de recordarse que la preocupación de Ortega por los modos y giros populares le llevó a organizar unos coloquios sobre los modismos españoles en el Instituto de Humanidades (curso 1948-49), en los cuales él mismo, "enterado como el que más de los últimos adelantos de la lingüística, hacía generalmente el papel del abogado del diablo, y acomodándose a la modesta postura de aprendiz, ponía en aprieto a los técnicos, quienes obligaba, mediante agudas y luminosas objeciones, a precisar y rectificar todo concepto que no fuera evidente prima facie"<sup>3</sup>. Ya es sintomático el hecho de que el capítulo que Julio Casares dedica a los modismos, refranes y proverbiales en su *Introducción a la lexicografía*, esté dedicado a "D. José Ortega y Gasset en testimonio de admiración y simpatía"<sup>4</sup>. Ortega no evitó nunca en su prosa los modos populares, sino que los utilizó continuamente. Locuciones, giros y refranes aparecen sin cesar en su dilatada obra y la hacen en muchos pasajes difícilmente traducible a otras lenguas.

## 1 -1 LAS LOCUCIONES

Recogemos la definición que Casares ofrece de la locución<sup>5</sup>: "Combinación estable de dos o más términos, que funciona como elemento oracional y cuyo sentido unitario consabido no se justifica, sin más, como una suma del significado normal de los componentes". Asimismo su distinción entre locuciones 'significantes' y 'conexivas'. Sólo de las primeras nos ocuparemos en esta investigación, por considerar que son las que ofrecen efectivo juego estilístico. Indica el mismo Casares<sup>6</sup> que las locuciones llamadas adverbiales son las más numerosas en español. En la prosa de Ortega, sin embargo, es ligeramente más elevado el número de las locuciones verbales. Examinaremos aisladamente ejemplos de unas y de otras.

**Hacer ojitos.** Aparece en una imaginativa evocación del hogar de Lope de Vega:

*¡Qué estupenda, amigos lectores, la escena cotidiana del yantar en la "casilla" de la calle de Franco, bajo los retratos de liñán, donde seguían haciendo ojitos las antiguas amadas del poeta! (VI, p. 511)*

**Hacer la vista gorda:**

Significa no querer ver lo que realmente está sucediendo, en general para evitar actuar en consecuencia:

*Toda fiesta es carnaval, o, dicho de otro modo: lo que hay de fiesta auténtica en toda fiesta es lo que haya en ella de Carnaval. (Esto es lo que no ha visto nunca el Protestantismo, y con superior perspicacia ha visto el Catolicismo, haciendo la vista gorda sobre Carnestolendas). (Obras, p. 1273).*

**Hacer una higa:**

---

<sup>1</sup> Ludwig Röhrsheid Verlag, *Spanischer Sprachhumor*. Bonn und Köln. 1932, pp. 107-108. (Traducida la frase por Ricardo Senapre Sempere, *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*, Salamanca, 1964, acta salmanticensia)

<sup>2</sup> A. Rosenblat, *Ortega y Gasset: lengua y estilo*. Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación. Caracas, 1958, p. 44.

<sup>3</sup> Casares, Julio, *Introducción a la lexicografía moderna*. Anejo LII de la RFE, C. S. I. C., Madrid. 1950, p. 206.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 165.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 170.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 180.

Como locución verbal significa despreciar algo o burlarse de ello, aunque en otras ocasiones tiene otro sentido. Gesto que se ejecuta con la mano, cerrado el puño, mostrando el dedo pulgar por entre el dedo índice y el cordial, con el que se señalaba a las personas infames o se hacía desprecio de ellas. Por el contexto, en la obra, parece aludir a alguna forma de desprecio:

*Los olivitos, haciéndose una higa a las arbitrarias divisiones administrativas, no se detienen en el término municipal, sin que brincan alegremente sobre él. (Obras, p. 1292).*

**Ir en el machito:**

Se refiere, según el párrafo, a un seguir de cerca de una persona, aludiendo a un alto responsable en el gobierno, indicándolo aquí con la palabra *machito* a forma de desprecio:

*Los políticos del antiguo Parlamento [...] quisieron seguir a gusto en el machito, a sabiendas de que el machito no podía durar. Por tanto, no tienen perdón de Dios. (Obras, p. 1231).*

**No tocar pito ni flauta:**

Según la DRAE, *a toca, no toca*: se trata de una locución que indica la posición de la persona o cosa tan cercana a la otra que casi la toca:

*Ni el hombre medio alemán era más culto que el francés –antes bien lo contrario– ni las Universidades, como tales, habían tocado pito ni flauta en la guerra. (V, p. 189).*

**Tumbarse en la bartola:**

Aparece como locución en el diccionario de la Real Academia Española de 1852 con el significado de: '*sin ningún cuidado*' y la recomendación de su uso con los verbos *echarse* y *tenderse* y a partir de la edición de 1983 se amplía su definición a: "*Con los verbos echarse, tenderse, tumbarse, descuidar o abandonar el trabajo u otra actividad. Despreocuparse, quedar libre de toda inquietud*"<sup>7</sup>.

Esta locución expresa entonces el hecho de holgazanear, de descuidar el trabajo y despreocuparse de todo:

*Podemos abandonar todo alerta, despreocuparnos, irresponsabilizarnos de como decimos en España, tumbarnos a la bartola. (V, p. 306).*

**Encogerse el ombligo:**

Es una locución mucho más coloquial que significa entrar a alguien miedo o angustia ante un peligro o un mal:

*Estos y aquéllos [guerreros y revolucionarios] han solido ser gente bastante vanidosa y se les encogía el ombligo cuando se trataba, simplemente, de quedar en ridículo. (V, p. 396).*

**Bailar el agua a alguien:**

Locución cuyo significado es adelantarse por respeto o adulación, a realizar lo que se supone ha de serle grato a una persona. También se dice "*bailarle a uno el agua delante*". De todas formas significa halagar, adular, someterse o adelantarse a los deseos de otro:

*En la historia, tan pronto como comienza a aparecer el hombre de acción y hablarse de él y a bailársele el agua, es que sobreviene un período de rebarbarización. (V, p. 77).*

**Sorber el seso:**

---

<sup>7</sup> Calles Valles, J. Bermejo Meléndez, B. *Dichos y frases hechas*. Editorial Libsa, S. A., Madrid. 1999.

Hacerle perder a alguien la capacidad de pensar y juzgar con cordura y sensatez ejerciendo una gran influencia sobre él. También puede significar lavar el cerebro cuando quiere meterse ideas en la cabeza de uno:

*Los ideales nos sorben los sesos.* (VI, p. 91).

**Mojar la oreja:**

Frase que simboliza el reto a pelear con alguien. Además, la expresión se utiliza para aludir a cualquier acción de desafío, real o simbólica. En el párrafo sale con el sentido de insultar o molestar a una persona:

*Se decía que era [Inglaterra] un pueblo en decadencia, y todos los insolentes [...] se atrevían a mojarle la oreja.* (IV, p. 281).

**Quedarse 'in albis':**

*In albis* es una expresión que procede del latín y significa "en blanco". En otras ocasiones *quedarse/dejar/estar in albis* equivale *quedarse en blanco* con el sentido de olvidar lo que se había memorizado, u olvidarse de algo que supuestamente se ha sabido, mejor dicho, sin comprender (nada) de lo que se trata:

*Si se nos cuenta sólo que César "pasó el Rubicón", nos quedamos in albis porque es una expresión infinitamente equívoca.* (VII, p. 18).

**Tomar el rábano por las hojas:**

*Coger/tomar el rábano por las hojas* quiere decir equivocarse en la interpretación o en la ejecución de una cosa por no plantear bien la situación o interpretar las cosas literalmente y no profundiza en su significado real:

*Todo transporte de ideas es un cortar la planta sobre la raíz y es un tomar el rábano por las hojas.* (VIII, p. 215).

**Alzarse con el santo y la limosna:**

El verbo *alzar* envuelve la idea de esfuerzo o violencia, además significa querer o pretender sacar beneficio de varias cosas a la vez como se nota en la locución presente:

*La reciente estilística, hoy breve orla que escarola el severo perfil de la gramática y el léxico, está destinada a tragarse a éstos y a alzarse con el santo y la limosna de toda la lingüística.* (VII, p. 247).

**Ser moco de pavo:**

Se usa para dar a entender a alguien, que el valor y estimación de una cosa es más importante que lo que él considera:

*Como si las tremendas guerra anteriores entre los sucesores de Alejandro y las porciones que se repartieron de su Imperio, Egipto, Macedonia y Seleucia hubieran sido moco de pavo.* (IX, p. 160).

**Tener miga:**

Según el DRAE, la *miga* es la porción pequeña de cualquier cosa:

*Esto no se comprende, y éste es el acertijo, que tiene mucha miga, tanta que más vale eludirla ahora para que no se nos indigeste.* (VI, p. 460).

**Venderse como pan bendito:**

La expresión se refiere a la cosa que, repartida entre muchos, se recibe con gran aceptación:

*Oigo, además, que el libro, no obstante su inevitable precio, se vende como pan bendito.* (IX, p. 472).

**No ser un grano de anís:**

Es una locución verbal que significa tener impotencia o gravedad:

*Habíamos estudiado a Kant a fondo y esto no es un grano de anís.* (VIII, p. 32).

**Ser pan comido:**

Es coloquial la expresión y se refiere a la cosa muy fácil de conseguir:

*Los 'radicales' cometerían un tremendo error objetivo si creyesen [...] que todo es pan comido y no tienen que preocuparse de más... (Obras, p. 1376).*

**Ser tortas y pan pintado:**

Es un dicho proverbial de un trabajo mucho menor que otro con que se compara

*Esa melancolía de nuestro genial turulato [Don Quijote] es tortas y pan pintado en parangón con la melancolía del orangután, que se muere de tristeza apenas se modifica su derredor. (VI, p. 453).*

**No tener un pelo de algo:**

Ser listo y avisado:

*Porque ello es así, yo, que no tengo un pelo de revolucionario, me veo obligado a reconocer y sustentar esta verdad<sup>8</sup>.*

Todas estas locuciones, que hemos preferido enumerar con comentarios, como muchísimas otras que podrían aumentar la lista, pertenecen a escritos de fecha muy diversa. No es posible señalar en Ortega épocas de preferencia por los modismos y formas populares. En su *Introducción a la lexicografía moderna* indica Casares<sup>9</sup> que sería interesante a este respecto "comparar los escritos de juventud de algunos autores modernos con las páginas de madurez", y señala el ejemplo de Unamuno, en cuyos escritos primeros, las formas populares, los modismos-clichés, superan notablemente en abundancia a las obras posteriores. En Ortega, si alguna tendencia pudiera atentarse sería la contraria: a medida que el escritor va encontrándose más seguro de su estilo da cabida en él, en mayor proporción de fórmulas populares de carácter marcadamente conversacional. La amadurez del estilo se produce paralelamente a una progresiva dignificación de lo vulgar y las locuciones encuentran acomodo en los más severos recovecos de una especulación filosófica. De esta manera, junto a la expresión culta, informal, latinizante, la fórmula de uso habitual se eleva automáticamente y ayuda a la prosa a huir de la rigidez discursiva. He aquí la aportación de Ortega en este campo: la fusión o acoplamiento de usos expresivos desde el siglo XVIII parecían haberse adscrito a círculos estilísticos diferentes. Como en los mejores ejemplos de la historia literaria española, lo popular y lo culto se mezclan en Ortega sin disonancia, gracias a la sorprendente intuición del escritor, que sabe en cada momento hallar un tono justo para alejar a su estilo de toda pesadumbre.

Ofreceremos a continuación algunas muestras de locuciones de carácter diverso – adverbiales, adjetivales, nominales, etc.–, con indicación a la fecha en que fueron redactadas, a fin de poder comprobar algo de lo anteriormente dicho con relación a la cronología de los usos populares.

En un artículo político de 1931 hemos marcado la locución adverbial y coloquial de "**ojo de buen cubero**" con el sentido de sin medida, sin peso y a bulto:

*Sería pueril en asuntos que por su naturaleza misma han llegado a un tratamiento de gran precisión, contentarse el Parlamento con su ojo de buen cubero. (Obras, p. 1356).*

Y once años más tarde, en un escrito de carácter muy diferente:

*Las cosas humanas reclaman ser miradas desde su interioridad, y si [...], siendo ellas tan precisas, no obstinamos a verlas de manera gruesa y, cuando más, a ojo de buen cubero. (VI, p. 469).*

En 1930, la locución '**estar a dos dedos de algo**' refiriéndose a algo muy cerca de u a punto de:

---

<sup>8</sup> ¡Libertad, divino tesoro! España. 16-VII-1915.

<sup>9</sup> *Ob. cit.*, p. 232.

[*El perspicaz*] se sorprende a sí mismo siempre a dos dedos de ser tonto. (IV, p. 187).

Cinco años después encontramos la misma expresión:

¡Ah, claro! Es sobremanera peligroso proponerse "principalmente" en la vida. Porque se está siempre a dos dedos de atender eso "exclusivamente". (V, p. 191).

En un discurso pronunciado en Oviedo en 1932 aparece la locución con la explicación propia de Ortega:

*Esas otras castas acaban siempre, por haches o por erres, por uno u otro motivo, colocándose ante los temas públicos y ante la vida en una posición sesgada, de medio lado, suspicarse.* (EL SOL, 12-IV-1932).

En 1940 se repite la fórmula:

*Por haches o por erres, desde la nueva forma religiosa o desde la cultura laica, desde 1500, todo va a la afirmación de este mundo.* (IX, p. 529).

La locución '*poner la vida a una carta*' es muy frecuente. En 1911, "*no es bueno y es harto donjuanesco echar el todo a una carta*" (I, p. 214); en 1932, el europeo "*ha puesto su vida a las ideas, como el arriesgado pone su fortuna íntegra a la sota de copas*" (V, p. 468), y Europa entera ha puesto "*su vida íntegra al naipe de las ideas*" (V, p. 467).

Encontramos también *a pies juntillas* (con el sentido de sin discusión) en 1930 (IV, p. 65); *en dos por tres* (rápidamente) (IV, p. 201); optimistas *a prueba de bomba* (refiriéndose a lo que por su perfecta construcción, firmeza y solidez, es capaz de resistir a todo hasta las bombas) en 1948 (IX, p. 212); *a ojos vistas* (con toda claridad) en 1943 (VI, p. 504); *a la chita callando* (calladamente) en 1952 (VII, p. 53); *de tres al cuarto* (para denotar y ponderar la poca estimación, aprecio y valor de algo) en 1947 (VIII, p. 181); *de boquilla* (Fingiendo veracidad) en 1933 (V, p. 113); *andar manga por hombro* (estar en gran abandono y desorden) en 1947 (VIII, p. 203); *quedarse de una pieza* (sorprendido, suspenso o admirado por haber visto u oído algo extraordinario o inesperado) en 1937 (V, p. 262); *ir de la ceca a la meca* (Es un dicho muy común entre los españoles y significa ir de acá para allá, algo alocadamente) en 1943 (VI, p. 502), etc.

En textos de 1902, hemos encontrado lo que viene:

*Es, pues, la justicia, un gran cuento chino.* (I, p. 14).

En 1908, utilizó la locución adverbial y coloquial *de carrerilla* para referirse a hacer algo de memoria y de corrido, sin enterarse mucho de lo que se ha leído o estudiado:

*Las rápidas notas que escribí de carrerilla un mes hace.* (I, p. 117).

Un año más tarde encontramos una expresión de mayor audacia que las anteriores con el sentido de confusión y desorden en que nadie se entiende:

*En la decadencia de un pueblo [...] la administración pública se convierte en una merienda de negros.* (I, p. 461).

Ejemplos todos ellos, como puede verse, considerablemente oscuros junto a los que hemos recopilado de los escritos que hacen suponer, por su fecha de redacción, una mayor madurez. Sin duda es en esta época de plenitud cuando Ortega evidencia una maestría en la utilización de fases hechas y familiares. Estas comienzan a proliferar en los artículos y discursos políticos de 1930 a 1933, y esto porque el público a que este tipo de literatura va dirigido requiere del escritor un contacto mayor con los usos familiares. Y desde entonces parecen establecerse en el estilo del escritor y acceden a sus obras de mayor rigor científico.

Es preciso indicar también que no todas las fórmulas tienen el mismo grado de popularismo o, si se quiere, de coloquialismo. Comparemos algunas locuciones:

*Soy un extranjero, soy un transeúnte y ya que beneficio de los privilegios que se otorgan al forastero, justo es, que estando a las maduras, esté también a las duras.* (VIII, p. 435).

Se nota el uso de la locución *estar a las duras y a las maduras* para significar que quien goza de los privilegios de una situación debe cargar asimismo con sus desventajas. Otra locución coloquial que muestra un vicio o mala costumbre que conservan las gentes rústicas; **el pelo de la dehesa**:

*A la alta de política de Alfonso VI, lanzada hacia el futuro, el Cid oponía el terco particularismo, el reaccionarismo castizo, el pelo de la dehesa.* (El discurso de Oviedo. El Sol, 12-IV-1932).

La locución coloquial que viene indica que no sirve para nada:

*Concederle [al Municipio] autonomía equivale, en orden político, a pertrecharle con la carabina de Ambrosio.* (Obras, p. 1292).

Sin duda se trata de expresiones familiares en la lengua conversacional. En cambio, podemos hallar también locuciones menos vivas, son de otra manera, locuciones cultas, desaparecidas del ámbito coloquial y cuyo sentido comienza a disiparse para el hablante medio. El intento de revitalizar estas fórmulas es característico de Ortega. Así, por ejemplo en *habas contadas* para denotar que algo es cierto y claro:

*De un mundo dado como éste, cabe hacer un inventario completo. Es un cosmos de "habas contadas".* (V, p. 505).

Otras veces se trata de acomodados de expresiones latinas así como el caso de *con el grano de sal* refiriéndose a un dicho de tratarse y gobernarse, especialmente un punto arduo y delicado con prudencia, madurez y reflexión:

*la expresión, claro está, es excesiva, y ha de entenderse con el grano de sal.* (VI, p. 294).

O de locuciones típicamente madrileñas que requieren una inmediata aclaración:

*En casos como éste, perdidos sin remedio, nuestro querido Suárez suele, como Aristóteles, sacar a la calle el cuerpo de San Isidro para ver si llueve sobre la definición que no encaña. El cuerpo de San Isidro es en este caso el lumen naturale o nous.* (VIII, p. 180).

Son también abundantes las locuciones exclamativas. En los primeros escritos es patente el carácter más literario que popular de estas expresiones. Así, al hablar de Valle-Inclán en 1904 recorrió a la expresión exclamativa siguiente para rogarle encarecidamente:

*Pero hasta entonces, –¡por los clavos de Cristo!– pasar también esa hora. Preparémosla.*<sup>10</sup>

Y hasta en *La idea de Leibniz* aparecen expresiones como **¡diablo!**:

*Aristóteles no tenía últimamente vocaciones de filósofo, sino de científico. Pero ¡diablo!, tenía una de las cabezas más privilegiadas que ha habido.* (VIII, p. 266).

Hemos extractado algunas locuciones de la riquísima colección que ofrece el estilo de Ortega. El despliegue es tan inmenso que resulta problemático intentar condensarlo en unas pocas páginas, y es preciso contentarse con la indicación de las bases principales. Quedan ahora por tocar otros aspectos de la vertiente popular orteguiana.

## 1 -2 LA FRASE PROVERBIAL

En su citada *Introducción a la lexicografía moderna*, señala Casares que la frase proverbial puede esta constituida por un refrán o una frase "con tradición de ejemplaridad

---

<sup>10</sup> *Política de la neutralidad. España*, 5-III-1915. Publicado sin firma. (V, Apéndice). ¡Viva la República! El Sol, 4-XII-1933.

por consenso de una comunidad lingüística, aunque carezca por completo de las propiedades específicas del refrán"<sup>11</sup>. Es, por tanto, "algo que se dijo o se escribió, y su uso en la lengua tiene el carácter de una cita, de una recordación, de algo que se trae a cuento ante una situación que en algún modo se asemeja a la que dio origen al dicho"<sup>12</sup>. Veremos a continuación algunos ejemplos de refranes cortados o transformados en vista de un determinado uso.

La expresión **de aquellos polvos vienen estos lodos**, con que se expresa que el origen o la motivación de unos hechos radican en otros anteriores, aparece, sin apenas elaboración, en 1911:

*De estos polvos vienen los lodos nacionalistas actuales.* (I, p. 208).

En el prólogo al libro de Contreras y la frase reaparece inserta en una estructura mucho más compleja:

*Aquellos polvos de las armas incientemente descubiertas en Honachos trajéronle [a Contreras] estos lodos judiciales, que no fueron fluojos, que estuvieron a punto de ser su postrera aventura.* (VI, p. 503).

He aquí ahora dos variantes del conocido refrán **dime con quién andas y te diré quién eres**, de 1914 y 1933, respectivamente:

*Todas las formas del arte toman su origen de la variación en las interpretaciones del hombre. Dime lo que del hombre sientes y decirte he qué arte cultivas.* (I, p. 391).

*En todo ser animado, el más importante de sus mecanismos es la atención [...]. Por eso he repetido tantas veces: dime a lo que atiendes y te dire quién eres.* (V, p. 75).

La expresión que más parece haber tentado a Ortega, a juzgar por la frecuencia con que brota en sus páginas, es una frase de corte muy popular: **de noche todos los gatos son pardos**. Mostraremos algunos ejemplos sucesivos como modo de hablar familiar con que se explica que con la oscuridad de la noche, o falta de luz, es fácil disimular las tachas de lo que se vende o se comercia. Los primeros son de 1914; el último, de 1948:

*De la raíz de nuestro ánimo asciende como una voluntad de mediodía enemiga de las visiones crepusculares donde todos los gatos son pardos.* (VI, p. 249).

*Para quien no haga estas distinciones elementales todos los gatos de la filosofía serán pardos.* (VIII, p. 374).

*Hoy nada es lo que es, sino que está siempre en tránsito a ser de otro modo [...]. Estamos en la época de los gatos pardos.* (V, p. 160).

La frase **no se puede pescar truchas a bragas enjutas**, la encontramos transformada en el primer artículo publicado por Ortega. Se trata de la paráfrasis de un proverbio muy popular "no se toman truchas a bragas enjutas", con el sentido de que las cosas de precio y valor no se alcanzan sin trabajo y diligencia. Ortega parafrasea el dicho popular y sustituye "tomar truchas" por "hacer crítica". Queda así:

*Moraleja: no se puede hacer crítica a bragas enjutas.* (I, p. 17).

Quiere decir que el crítico, el intelectual, el filósofo ha de afrontar su posible destino trágico. Habrá de mojarse, implicarse, comprometerse. Es el precio que ha de pagar.

En el pasaje siguiente viene el conocido refrán **a río revuelto, ganancia de pescadores**. Es proverbio que alude a los que medran aprovechando las revueltas y trastornos. Del refrán viene otro modismo: "pescar en agua turbia", como sinónimo de hacer su negocio

---

<sup>11</sup> Véase Casares, Julio, *Introducción a la lexicografía moderna.*, p. 188.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 190.

y aprovecharse de un desorden que tal vez se ha promovido con dicho fin. Se puede notar cómo posteriormente desarrolla una imagen:

*Mientras ese nuevo Estado no existía plenamente, España vivirá en peligro, y con ella y en ella todos los españoles, absolutamente todos, inclusive lo que creen que la atmósfera de peligro –el río revuelto– les favorece. Porque, entre tanto, nuestra vida pública quedará reducida a una serie de coletazos contradictorios*<sup>13</sup>.

Y he aquí la transcripción, prácticamente literal, de un conocido refrán: ***al buen entendedor, con media palabra basta:***

*No pretendo que sea preciso siempre que se habla acerca del libro emplear una larga disertación sobre lo que éste es. Me es indiferente si hacen falta muchas o pocas palabras: reclamo sólo las bastantes –y al buen entendedor con media le basta.* (V, p. 230).

En rigor, la procedencia de muchas de estas expresiones es fácilmente localizable, porque se trata, en ocasiones, de simples calcos sin elaborar que Ortega inserta en los lugares más inesperados. Así, en una conferencia pronunciada en la Universidad de Granada leemos:

[...] *Uno es el tipo de asistente a este act que dirá interiormente: "Este señor delira. Yo he venido a oírle porque los demás vienen". Sé como se llama este tipo: Vicente, que va a donde va la gente.* (El Sol, 10-X-1932).

Otras veces, el carácter proverbial es dudoso. En el fondo del ejemplo que a continuación transcribimos existe tal vez la expresión ***lo poco agrada y lo mucho enfada:***

*Valera tomará la poesía como un artificio ornamental, una especie de prosa más acicalada y partida por decoro en metro; una ocupación [...] que no abre derroteros a la humanidad, que si buena entretiene y si mala enfada.* (I, p. 162).

Las locuciones son a veces recuerdos de conocidas frases históricas. He aquí una variante del ***todo se ha perdido, menos el honor***<sup>14</sup>, en un discurso pronunciado en la Cámara:

*La monarquía, que lo ha perdido todo, no puede, para salvar su honor histórico, presentar hoy intentos de reforma leal y profunda.* (Obras, p. 1360).

Todos estos ejemplos sirven como indicio de la enorme vitalidad que en el estilo de Ortega tienen las fórmulas familiares convertidas en clichés, los modismos que dan siempre a cualquier lengua un puro matiz coloquial. Frente a la idea, expuesta por Casares, de que en la prosa intelectual "*los modismos, aun los más incoloros, estarían, estilísticamente, fuera de lugar*"<sup>15</sup>, se alza el ejemplo de Ortega y su efectivo y consciente interés de lo popular, a que antes hicimos alusión y que es una de las más atractivas novedades de su estilo.

### 1 -3 GIROS COLOQUIALES

Hemos agrupado dentro de este apartado una serie de fórmulas que, dentro del mismo tono popular que estamos examinando, no pertenecen, propiamente, al ámbito de las locuciones o las frases proverbiales. Son vulgarismos de carácter conversacional que se integran sin dificultad en la línea de los modismos anteriores. Procuraremos completar el apartado de las fórmulas coloquiales mostrando hasta qué extremo pueden éstas insertarse en contextos teóricos que podrían parecer, por su misma naturaleza, escasamente aptos para los festivos modos del habla callejera.

---

<sup>13</sup> Platónica advertencia sobre la respetabilidad del Estado. Luz, 15-I-1932.

<sup>14</sup> Pavía, una ciudad italiana, fue escenario, en 1525 de una gran batalla en la que los españoles de Carlos V derrotaron a los franceses de Francisco I, quien hecho prisionero pronunció su célebre frase de: "***Todo se ha perdido menos el honor y la vida***".

<sup>15</sup> Ob., cit., p. 230.

Es evidente que algunas de estas fórmulas podrían interpretarse igualmente como locuciones truncadas. La naturaleza inestable e las nociones de locución, modismo y frase proverbial, unida a la poca fijeza del lenguaje hablado, hacen que nos encontremos sin cesar con zonas inseguras entre el simple vulgarismo y el cliché expresivo, y la clasificación de algunos giros bajo unas u otras clasificaciones ha de entenderse con un razonable carácter de provisionalidad sin el cual todo intento clasificatorio quedaría frustrado de antemano.

Al caracterizar Ortega la época –cuando vivía– como la del "*señorito satisfecho*" necesita definir a éste de un modo completo. Se refiere a la actitud que el hombre medio había tomado ante los beneficios económicos, políticos y sociales de la Europa de la primera parte del siglo XX. Y el 'señorito' se convierte en "*un hombre que ha venido a la vida para hacer lo que le dé la gana*" (IV, p. 211). Hablando del manierismo barroco<sup>16</sup> del Greco escribe Ortega que sus cuadros, "*como los párrafos de Quevedo, su coetáneo, padecen el baile de San Vito*" (VIII, p. 576). De igual manera, los ministros socialistas franceses "*se hallan metidos hasta el cogote en las cuestiones financieras internacionales*" (Obras, p. 1354), refiriéndose a que son hartos de sufrir alguna pretensión o exigencia y son inmersos en las cuestiones financieras internacionales. El pasado "*se le ha quedado chico a la humanidad actual*" (IV, p. 161).

Son también abundantes las fórmulas comparativas, como es el caso de la expresión coloquial de *como chico con zapatos nuevos* para referirse a la persona muy satisfecha y regocijada por algo que acaba de obtener o lograr:

*Desde hace un siglo, gracias a la documentación, se siente [el historiador] como un chico con zapatos nuevos.* (IV, p. 526).

*Hoy España se sabe de memoria la cultura alemana. Anda por ella como Pedro por su casa.* (VIII, p. 25).

O términos vulgares y familiares. He aquí un ejemplo de "*inri*", 'nota de burla o afrenta', según el Diccionario académico:

*El inri lo pone en todo esto la complacencia con que suele hablar ahora el señorito de nuestras nuevas carreteras.* (IV, p. 88).

"*No valer un real*", "*no dar un real por algo*" son expresiones vulgares que aparecen en estos dos pasajes, de 1904 y 1914, respectivamente, para referirse a valer muy poco o valer nada:

*El hombre que nada es y nada puede poseera, cuya vida vale sólo un real, será siempre una angustiada y doliente figura.* (Los torres del año mil, p. 6).

*[...] Ni Sancho, ni el Cura, ni el barbero [...] son interesantes. No daríamos dos reales por verlos a ellos.* (I, p. 378).

Señalemos otras expresiones conversacionales; "*Importar un comino*" es una jerga de habla hispana que indica a un ser insignificante, de poco o ningún valor:

*Cultura es el sistema vital de las ideas en cada tiempo. Importa un comino que esas ideas o convicciones no sean, en parte y todo, científicas.* (IV, p. 322).

En todos los casos, lo trivial de la expresión la acerca inevitablemente al habla callejera. Por ejemplo, al hablar de Lope de Vega:

*Será todo lo Lope que se quiera, y los eruditos se hartarán de llamarle Lope, como si con ello se metiesen al pueblo español en el bolsillo; pero la verdad es que Lope no existe en la vida española.* (V, p. 246).

---

<sup>16</sup> Estilo artístico difundido por Europa en el siglo XVI, caracterizado por la expresividad y la artificiosidad.

"**Apechugar**", definido en el Diccionario académico como voz familiar con el sentido de 'admitir, aceptar alguna cosa, venciendo la repugnancia que causa', aparece en un contexto teórico en que se trata de esclarecer en qué consiste la tarea de vivir:

*[Vivir] es tener, quiera o no, que enfrentarme y chocar constante, incesantemente con cuanto integra ese mundo: minerales, plantas, animales, los otros hombres. No hay remedio. Tengo que **apechugar** con todo eso. Tengo velis nolis que arreglármelas mejor o peor, con todo ello.* (VII, p. 106).

En una carta al Director de *Luz* en que Ortega protesta la publicación de unas supuestas declaraciones hechas a un periodista, se encuentra el siguiente pasaje con la expresión **sacar a alguien de sus casillas**, la cual ha hecho perderle a Ortega la paciencia:

*Hasta aquí no me hubieran molestando nada esas declaraciones "mías" pero luego me hacen decir: "España no está preparada", y eso me **saca de mis casillas**.* (*Luz*, 23-XII-1933).

Dentro de esta misma línea, "está pasando la ciencia **una mala hora en el mundo**"(VIII, p. 23), o "la libertad está pasando en el planeta **un mal cuarto de hora**"(V, p. 229). O bien los historiadores "no **tienen perdón de Dios** [...] Han conseguido que en Europa se **lea menos Historia que nunca**".

Con particular frecuencia encontramos expresiones de carácter exclamativo:

*Yo espero un libro en el que el marxismo de Stalin aparezca traducido a la historia de Rusia. Porque esto, lo que tiene de ruso, es lo que tiene de fuerte, y no lo que tiene de comunista. ¡**Vaya usted a saber qué será!*** (IV, p. 241).

O en otra ocasión:

*Hemos deslojado del mundo todo lo exquisito, porque todo exquisito – ¡**qué le vamos a hacer!**– es socialmente ineficaz.* (II, p. 72).

Cerraremos la exposición con una última muestra popular; la alusión a los "**tiempos de Maricastaña**", tan familiar a cualquier hablante español:

*El tiempo del rey Artús, como el tiempo de Maricastaña, son telones de un pretérito convencional que penden vaga, indecisamente, sobre la cronología.* (I, p. 378).

## 1 -4 LOS DIMINUTIVOS

En estas consideraciones en torno al popularismo orteguiano sería de todo punto imposible prescindir del diminutivo, que, como ha indicado Rosenblat: "*colorea insistentemente de afectividad su prosa*"<sup>17</sup>. Es, en efecto, el diminutivo uno de los recursos más fértiles que aparecen en la obra de Ortega y a él dedicaremos este apartado.

El diminutivo no se presenta con un sufijo único. Hay sufijos preferidos en Ortega, frente a otros de escasa frecuencia. Hemos checado varios volúmenes de *Obras Completas* y encontramos la preferencia de utilizar los sufijos **-illo**, **-ito** con frecuencia. Hemos de advertir también que se trata casi siempre de diminutivos valorativos y de los que Amado Alonso denomina<sup>18</sup> "*efusivos*". Casi nunca hay en ellos una función minoradora, sino afectiva, en la mayoría de los casos. Las formas diminutivas con valor afectivo son más abundantes en los escritos anteriores a 1925, que en los años siguientes.

El diminutivo en Ortega brota con fines desvalorativos como en los escritos políticos de 1930-1933 y no desaparece nunca de su estilo, que pierde calor y afectividad. José Gaos

---

<sup>17</sup> *Ob., cit.*, p. 44.

<sup>18</sup> *Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos*. En *Estudios lingüísticos (temas españoles)*, Edit. Gredos, Madrid, 1951, p. 210.

ha señalado el endurecimiento de la prosa a partir de 1936, aproximadamente, en que Ortega "*pinta mucho menos, porque predominarían definitivamente los amargores*"<sup>19</sup>.

Los diminutivos con sufijo **-illo** son los más frecuentes, ya que poseen una función valorativa o emocional y aparecen, por lo general, en contextos de carácter lírico o poético y apoyados por ellos:

*Tal vez no sepas qué **hacecillo** de abrojos y de amarguras, qué respiradero de inquietudes [...] constituye eso que llamaríamos el alma de un español de veinte años. (I, p. 60).*

El diminutivo **hacecillo** viene aquí arrastrado por "*el alma de un español de veinte años*", que está vista como algo tierno, quebradizo, débil. No puede constituir un *haz*, sino un *hacecillo*.

*[...] Esa otra Nuremberga, tan vieja, de rúas sórdias y empinadas, de casas menudas con graciosos **tejadillos**. (I, p. 425).*

Aquí, **tejadillos** está casi exigido por "*casas menudas*". Es en esta expresión donde se encuentra la idea del diminutivo. **Tejadillos** no hace más que corroborarla y, sobre todo, deslizar un matiz emocional de afecto, que subraya el epíteto "*graciosos*". Algo semejante acontece en el siguiente ejemplo:

*Los **tejadillos**, airosos y repentinos, se levantan sobre estas miúsculas habitaciones, y en sus vertientes pueden contarse una, dos, hasta tres filas de buhardas. (I, p. 426).*

La función minoradora corresponde a la expresión "*miúsculas habitaciones*", y el matiz afectivo de **tejadillos** se completa con la aposición "*airosos*". La presencia de un vocablo con sufijo **-illo** ha incitado posiblemente al autor a escribir "*buhardas*" y evitar la forma "*buhardillas*", más habitual. Sin duda, Ortega considera aquí más importante la noción de **tejadillos**. Además, "*buhardas*", en forma insólita, privada de su acostumbrado sufijo, se cubre con el matiz de grosería que contrasta con la levedad de **tejadillos**, al tiempo que destaca. Otra palabra con el diminutivo preferido de Ortega:

*¡Cuán breve e insignificante el **cuerpecillo** sagitario de esta palabra! [¡ay!]. (II, p. 108).*

**Cuerpecillo** viene exigido por "*breve e insignificante*", pero muestra al mismo tiempo la postura afectiva del autor hacia la palabra *-¡ay!*-, primaria expresión humana de dolor.

En el ejemplo que a continuación ofrecemos, el punto de partida es una base metafórica: mirada equivale saeta espiritual. **Saetilla** es la condensación de la carga afectiva que ya antes ha hecho al autor escribir "*pobre mirada*" y "*amorosamente*":

*La pobre mirada cae rodando y malherida. Tenemos que recogerla amorosamente y decirle: "¡Ven acá, **saetilla** espiritual, ven acá...". (II, p. 257).*

Análogo procedimiento reaparece en este pasaje:

*Al punto, la emoción anquilosada se desentumece, despliega estremecida las viejas **alillas** yertas, y convulsa vuelve a batir con sus plumas de antaño el aire nuestro vivo. (II, p. 165).*

Hay en primer lugar, la relación metafórica que identifica una emoción antigua con una especie de pájaro adormecido. Cuando la emoción recobra vigencia, el pájaro reanuda su aleteo. La imagen contiene en sí misma una temple emocional que hace necesario el diminutivo.

Otro ejemplo con **imagencilla**:

---

<sup>19</sup> En *Los dos Ortegas. La Torre*, julio-diciembre 1956, p. 140.

*Lo que en cada instante vemos de nuestro ser interior es sólo un pequeño trozo: estas ideas que ahora pensamos, este dolor que sufrimos, esta **imgencilla** que se pinta en nuestro escenario íntimo... (VII, p. 332).*

Como en el pasaje del "**cuerpecillo sagitario**", citado arriba, **imgencilla** es por otra parte, consecuencia lógica de la noción anterior *pequeño trozo*; por otra, expresión de la postura emocional del autor al contemplar su *escenario íntimo*.

En ocasiones, la función empequeñecedora y la emocional se funden en una forma de diminutivo que se destaca por contraste con nociones opuestas. El procedimiento es muy simple como se observa en el ejemplo siguiente:

*Cabe las tonitruantes glorias de otras ciudades ilustres, presenta Nuremberga esta **gloriecilla** sentimenta... (I, p. 427).*

Lo mismo sucede en el ejemplo que viene:

*En una de las **islillas** polinesias más solitarias, y perdidas en la vastedad del océano... (VI, p. 508).*

La oposición entre una minúscula "**islilla**" y "*La vastedad del océano*" produce un choque emocional que arrastra la carga afectiva hacia el elemento más débil, representado por el diminutivo.

A veces, la forma diminutiva bordea el matiz despectivo:

*Lo más triste que puede ocurrir es que [...] esta pobreza de intelectualidad sea amanerada, narcisina y con las **raicillas** al viento. (I, p. 47).*

"*Pobreza de intelectualidad*" y "**raicillas**" se hallan en el mismo plano de sentimiento desdeñoso hacia el objeto.

Al hablar de los diminutivos en *-ito*, de frecuencia pareja y con idénticas funciones. Mostraremos algunos ejemplos que resaltan la afectividad y emoción del escritor. Los caminos españoles se convierten, al ser evocados, en "**caminitos**":

*¡La gran delicia, rodar por los **caminitos** de Castilla! (II, p. 413).*

El mismo diminutivo, encerrado en un contexto análogo, se repite cinco años más tarde:

*Cuando durante años y años se ha andado y rodado por los **caminitos** de España, como yo he hecho... (IV, p. 88).*

Otra vez con el carácter efusivo en dos pasajes que corresponden a idénticas intuiciones, de 1927 y 1939, respectivamente:

*Lady Hamilton, ágil, ligera, de cabos finos, de **cabecita** inquieta, aparece al fondo del paisaje como una corza. (VI, p. 142).*

*En la mujer [...] hay siempre algo de corza, para ventura de ella, para derrota nuestra, y cuando esa corza latente se pone alerta, estamos maravillosamente sobre sus finos cabos, vuelve desdeñosa la deleitable **cabecita** y parte veloz en fugitiva carrera. (VIII, p. 415).*

En una fusión de afectividad y real empequeñecimiento encontramos "*las **almitas** de vidrio que llevan los niños*" (II, p. 106), en 1910, y "*el **almita** clara de Amal*" (III, p. 17), en 1918.

La nota emocional puede aparecer marcada por un matiz irónico como la siguiente:

*Es siempre el arte –lo he razonado en un libro mío muy **viejecito**– quien primero denuncia los profundos cambios vitales del hombre. (IX, p. 603).*

Otras veces se destaca –quizá desdeñosamente– la insignificancia del objeto:

*El que escribe un ensayo se lanza a un etéreo espacio, donde prácticamente nada cohibe ni dirige su albedrío. Asimismo acontece al que salva la seda de su **poemita**. (III, p. 545).*

El diminutivo puede también aumentar su relieve por contraste:

*Mirado así, el **gestecito** del sevillano se convierte en un signo misterioso y tremendo, que pone escalofríos en la médula. (VI, p. 113).*

Con el sufijo **-uelo** encontramos ejemplos realmente diminutivos. Dicho sufijo es mucho menos abundante que los dos examinados hasta ahora. He aquí dos casos de efectiva disminución:

*[Baroja] ha vivido una existencia tangente a la vida misma: como esas **pedrezuelas** planas que tiran los chicos a la mar y van de brinco en brinco... (II, p. 113).*

*Ondula como en tormento la llanada, y a veces se revuelve sobre sí misma formando barrancadas y torrenteras, chatos cabezos y **serrezuelas** broncas. (II, p. 255).*

Lo normal continúa siendo, sin embargo, destacar efusivamente una noción merced al diminutivo:

*Son gérmenes de ideas que vienen en confuso enjambre, como **abejuelas** temblorosas y doradas, a punzar la superficie del alma. (II, p. 178).*

Puede también aparecer la contraposición:

*No basta, no, para ser poeta peinar en ritmo y rima el **chorruelo** de una fuente que suena; hay que ser fuente, manantial, profunda veta de humanidad... (I, p. 50).*

El matiz afectivo con **-ico** ofrece también poco juego. A veces aparece necesariamente arrastrado por una noción anterior:

*El otro mundo se hace en ellas [religión y poesía] presente de una manera humilde y simple, como **rayico** de sol que baja a iluminar las cosas mismas de este mundo. (I, p. 188).*

Tres años después encontramos el mismo caso:

*Si se penetrara hasta las más íntimas y personales meditaciones nuestras, se nos sorprendería haciendo con los más humildes **rayicos** de nuestra alma experimentos de nueva España. (I, p. 328).*

Podemos hallar también la pequeñez como único contenido de la forma diminutiva:

*[El cantor villano] copia la realidad que ante sí tiene, con fiero ojo de cazador furtivo: no olvida un pelo, una mácula, una **costrica**, un lunar. (II, p. 123).*

Señalemos, finalmente, algunos ejemplos de diminutivos con otros sufijos más insólitos en el estilo orteguiano. **-Ejo**, con matiz atenuador y afectivo:

*Estas mismas ideas, que ahora andan por los **caminejos** de nuestro cerebro. (I, p. 40).*

El sufijo **-ete** puede conllevar un matiz atenuador, de modestia –"mi **librete** Ideas y creencias" (V, p. 499)– o despectivo:

*Con la sola palabra poeta, calificamos a Goethe y al **intelectualete** de suburbio o de barrio, a la sabandija literaria que, una vez, por error, hizo un soneto. (VIII, p. 422).*

Los ejemplos con **-uco** suelen ser muy neutros de matiz:

*Dos hileras de cipreses ensimismados [...] conducen a la **iglesuca** y al aposento del capellán. (I, p. 421).*

*Las **ventanucas** cuadradas, de vidrios menudos y coloridos, suelen estar cerradas. (I, p. 426).*

El sufijo **-ín** parece indicar pequeñez y afecto hacia el objeto:

*Hace falta preparar las mentes para el perfil del nuevo Estado y organizar a la nación con vistas a él. Desde la capital hasta el pueblín.* (*Obras*, p. 1320).

*Este fue el vicio original del liberalismo: creer que la sociedad es, por sí y sin más, una cosa bonita que marcha lindamente como un relojín suizo.* (*VI*, p. 72).

## 1-5 VULGARISMOS

Este aspecto del léxico orteguiano acerca la lengua a una zona de modos y giros conversacionales que rebajan la temperatura culta y equilibran el conjunto. La abundancia de vocablos populares conviene entrar en su estudio por separado, a fin de ver con alguna claridad las direcciones predominantes. También es preciso indicar que, en la mayoría de los casos, los vulgarismos o términos familiares responden a unas intenciones expresivas o estilísticas y no a un puro deseo ornamental. Por ahora nos limitaremos a señalar cuáles son esas formas y en qué abundancia y con qué característica se presentan.

La parte más rica del léxico popular está constituida por sustantivos. Entremos ya en la consideración de algunos de los sustantivos más interesantes:

**Vagamundeo** o vagabundeo, se refiere al pícaro que vague por el mundo:

*Inclinado a la malicia, amigo de vagamundeo, tal fue en su moralidad general el cronista Raul Gabler.* (*Los terrores del año mil*, p. 46).

**Jaleo**, es la acción y efecto de jalearse, con el sentido de la confusión y desorden:

*Hay en nuestro país todavía gente tan tonta que ve en este afán de movilizar pública o políticamente a los españoles pura gana de armar jaleo según el prurito de los demagogos.* (*Obras*, p. 1292).

**Jarana** es una palabra muy coloquial que significa trampa, engaño, burla, sobre todo cuando se refiere a alguien:

*En el movimiento estudiantil de ahora intevienen muchos ingredientes. Si los ciframos convencionalmente en diez, siete de ellos son pura jarana.* (*IV*, p. 322).

**Manducación**, es la acción de manducar, comer o tomar alimento:

*La primera Edad Media sólo conoce sociedad de hombres solos; deporte venatorio, gran manducación, borrachera.* (*III*, p. 445).

**Garambaina**, forma coloquial de cosas y dichos inútiles, tonterías:

*Fuera preciso compaginar un enorme partido nacionalizador, por encima de "derechas" e "izquierdas", que son garambainas impropias de la crítica altura en que se encuentra el sino europeo.* (*Obras*, p. 1306).

**Pachorra**, lentitud, tranquilidad:

*El fabricante inglés [...] esperaba con gran pachorra que el cliente se acomodase a su producto.* (*V*, p. 352).

**Mollera**, se utiliza a qué para señalar a la manera de pensar, el juicio, prudencia de la gente:

*[...] Tocqueville, cuyo pensamiento, poco conocido y desestimado hasta ahora debemos ir filtrando poco a poco en la mollera de las gentes.* (*IX*, p. 266).

**Perendengues** se refiere a las dificultades de algún tema:

*Es tema de muchos perendengues y gravemente vergonzoso.* (*IX*, p. 224).

**Abracadabra**; en el DRAE es la voz cabalística que se escribía en once renglones, con una letra menos en cada uno de ellos, de modo que formasen un triángulo, y a la cual se atribuía la propiedad de curar ciertas enfermedades.

*Convendría, al menos durante un rato, abandonar este **abracadabra** y ponerse a hablar de cosas, de cosas.* (VII, p. 13).

**Limpión**, de limpiar:

*Los entresijos de la física necesitan un buen **limpión**.* (V, p. 276).

A veces el vulgarismo llega a la onomatopeya burlesca, como en el siguiente ejemplo:

*Esa pintura es como un discurso de mitin –para ser oído como **burundun– burundun**, no para ser entendido.* (VIII, p. 610).

Otros sustantivos podrían señalarse: **chichisbeo** (es el obsequio o el regalo que presenta un hombre a una mujer), (VII, p. 555), **rifirrafe** (según el DRAE es contienda o bulla ligera y sin trascendencia) (VI, p. 502), **batiburrillo** (o baturrillo, de batur, mezclar, revolver) (IX, p. 402), **caletre** (en el DRAE viene con el sentido de tino, discernimiento, capacidad) (VI, p. 467), **vinazo** (es el vino muy fuerte y espeso) (VII, p. 488), **hombrada** (es la acción propia de un hombre generoso y esforzado) (IX, p. 177), etc.

Los adjetivos igualmente numerosos y variados. He aquí algunos de ellos:

**Mollar**, es un dicho de una persona que se deja engañar o persuadir con facilidad:

*Hasta para ser cristiano tiene usted que serio por su cuenta y al modo de hoy, que no es faena **mollar**.* (VI, p. 480).

**Peliagudo**, se trata de un dicho de un negocio o de otra cosa difícil de resolver o entender:

*Con la conciencia de que es asunto más **pegiagudo** de lo que al pronto puede parecer, me preguntaba yo antes: ¿qué diablo de ocupación es ésta de la caza?* (VI, p. 421).

**Morrocotudo**, es un adjetivo coloquial con el sentido de mucha importancia o dificultad:

*Polibio [...] ha sido una de las pocas mentes **morrocotudas** que ha logrado forjar la turbia especie humana.* (VI, p. 430).

**Indino**, es un dicho de una persona, un muchacho generalmente traviesa o descarada:

*Un nuevo París "en forma", sin la fete forain del **indino** Picasso, de la pederastia y del existencialismo.* (VIII, p. 307).

**Manducador**, es un adjetivo coloquial con referencia a alguien que toma alimento o come con apetito:

*Los rebaños de cabras y gnus o bucéfalos, que son grandes **manducadores**.* (VI, p. 470).

**Mondo y lirondo**, es una locución adjetival y coloquial que significa limpio:

*La negación **monda y lironda** es una forma de éxtasis y, por consiguiente, estéril.* (I, p. 144).

A esta lista puede añadirse: **despampanante** (según el DRAE, es un adjetivo que se refiere a algo pasmoso, llamativo, que deja atónito por su buena presencia u otras cualidades) (VI, p. 508), **impotable** (que no se puede beber) (IX, p. 202), **trabucaire** (valiente, osado) (*Obras*, p. 1338), etc.

Los ejemplos de verbos son mucho más escasos, si bien no deja de haber unos cuantos de considerable interés:

**Achantarse**, se trata de un verbo de uso coloquial que significa aguantarse, escoderse mientras dura un peligro:

*Tan pronto como sobrevivía una divergencia [...] era la noción quien tenga que supeditarse, renunciar y **achantarse**.* (*Obras*, p. 1306).

**Empapuzarse**, es hacer comer demasiado a alguien:

*La teoría del derecho de Kelsen, que se han **empapuzado** los juristas y filósofos del derecho.* (IX, p. 144).

Y además: *desfilachar* (o deshilar con el sentido de sacar hilos de una tela) (I, p. 189), *regodearse* (en el DRAE significa deleitarse o complacerse en lo que gusta o se goza, deteniéndose en ello) (IX, p. 468).

Los vulgarismos se manifiestan otras veces en expresiones y giros sintácticos calcados del habla popular. He aquí algunos ejemplos característicos:

*Un día, entre que el sol sale o no sale, llega sobre el hombre una noche definitiva.* (I, p. 58).

*Entre que pasa lo uno y lo otro –que ustedes resuelvan irse o resuelvan quedarse–, y yo voy a aclarar su significado [de la frase].* (V, p. 545).

*En cada instante se abren ante el hombre múltiples posibilidades de ser –puede hacer esto o lo otro o lo de más allá–.* (V, p. 137).

*A poco le cuesta [a Contreras] la cabeza, y esta vez no se la iba a rebañar el turco, sino el verdugo.* (VI, p. 501).

Se encuentran también formas como *entremedias* (se refiere a algo que está entre uno y otro tiempo) (VIII, p. 100), *agarrar una borrachera* (V, p. 400), o *hacer cisco* por 'destruir' (*Obras*, p. 1267).

La expresión "*quieres que no*" es frecuentísima, aun en contextos que parecerían poco aptos para permitir su inserción. He aquí un ejemplo:

*Así en el caso presente, en que Toynbee sale resuelto, quieras que no, a descubrir sin remedio en la civilización egea un Estado universal que le hace falta.* (IX, p. 164).

Otras veces, Ortega se pierde en disquisiciones hasta que vuelve a tomar el hilo conductor con una expresión conversacional:

*Pero a lo que iba: si en lugar de mirar otras cosas al través del vidrio hago a éste término de mi misión.* (VI, p. 257).

La fórmula coloquial brota en cualquier momento y dota a la frase de gracia estilística atractiva:

*Los prehistoriadores [...] hablan de milenios como si nada.* (VI, p. 446).

A medida que fue aumentando la madurez de sus escritos, el interés de Ortega por las formas vulgares del lenguaje adquirió un sesgo más científico y profundo, que le llevó a escribir:

*En los giros del lenguaje usual que condensan atisbos milenarios existen veneros magníficos de psicología sumamente certera y no explicada aún.* (V, p. 584).

## CONCLUSIONES

De lo expuesto conviene ahora exponer qué entendía Ortega por 'lenguaje' y qué función le atribuía, de modo que su forma peculiar de expresión literaria quede iluminada desde su concepción general del lenguaje y la función de éste para la vida humana. Aunque no dedicó ninguno de sus escritos a exponer de modo sistemático, lo que podría llamarse su "*filosofía del lenguaje*", casi todas sus obras están recorridas por reflexiones filosóficas sobre el lenguaje, donde semántica y pragmática están unidas. Del mismo modo, su propia prosa filosófica es el fruto tácito de alguien que tuvo una extremada conciencia lingüística y que fue un enamorado de su propia lengua, que utilizó con belleza y rigor. Así como Ortega ejerció profesionalmente las vocaciones de intelectual y de filósofo, en él hay también una vocación de aficionado al lenguaje tan profunda parece ser que, en cierto momento de su vida, estuvo tentado de dedicarse profesionalmente a la lingüística. Aunque esta vocación profesional por la lingüística no llegó a prosperar. Su interés por los temas lingüísticos, desde

su perspectiva de filósofo, es lo suficientemente fuerte como para sazonar cada una de sus reflexiones filosóficas con las más picantes especias lingüísticas.

Quizás, lo que salta a primera vista de su afición por el lenguaje es su amor por los popularismos. Hemos examinado la vertiente más notoria de lo popular en Ortega: los giros y modos conversacionales y las fórmulas afectivas. Nuestro intento era mostrar, con un criterio casi enumerativo, una parte del complejo mundo de recursos estilísticos que se apoyan en expresiones familiares. En este sentido es necesario admitir que Ortega es, sin lugar a dudas, **popular** que sus compañeros del grupo del 98. Hay que preguntarse ahora cuál es el sentido último de este acercamiento a fórmulas conversacionales. En varias ocasiones hemos anotado que el estilo orteguiano gira alrededor de la expresión culta y la popular.

Si intentamos llegar a una interpretación fija de esta faceta estilística y enfrentarse con las razones reales del uso de tales fórmulas, encontramos que, el casticismo, real o espontáneo, es un medio eficaz de acercarse al lector provisto de su mismo lenguaje. Un camino inteligente y seguro de llegar hasta él. El procedimiento deja traslucir con facilidad uno de los objetivos por los que Ortega luchó a lo largo de toda su obra: el propósito adoctrinador, que pone de relieve su lado pedagógico.

Si eliminamos este aspecto de la estética de Ortega, la obra será comprensible a medias. Por eso nos ha interesado desde un principio destacarla como característica del grupo del 98, donde Ortega es tal vez la máxima figura.

Por otra parte, existe un hecho de cariz distinto. Se basa en todos los movimientos literarios una distinción entre estilo culto, noble y estilo popular. Esta diferencia de estilos parece haber afectado también a las raíces, mejor dicho, a los gérmenes literarios. El ensayo, el artículo filosófico, parecen adscritos a la vertiente culta. Sin embargo, lo característico del ensayo en Ortega es que ha dado cabida a unas y otras formas. Ortega dio al lector flexibilidad de un estilo en que él mismo sabe introducir elementos dispares que se integran en un armonioso conjunto.

El estudio del lenguaje ocupa un puesto de primer orden en la carrera del pensamiento orteguiano: primero, porque es una base fundamental para poder entender la articulación entre el individuo y la sociedad, lo que desarrollará en *El hombre y la gente*, y segundo, porque la reforma de la filosofía que se propone llevar a cabo no se puede acometer sin una reforma del viejo lenguaje de la metafísica. Todo esto dará lugar en los años cuarenta a la aparición de un buen número de escritos en los que aparecen sus investigaciones sobre el lenguaje.

Y ahora, hay que preguntarse: ¿qué pensó él sobre el lenguaje en cuanto filósofo? Y, ¿por qué la reflexión sobre el lenguaje es tan importante para la filosofía? Yo creo que la importancia radical, para Ortega en cuanto filósofo, de la reflexión sobre el lenguaje hay que buscarla en su convicción de que el lenguaje es uno de los elementos constituyentes, quizás el más importante, de nuestro ser humano.

## BIBLIOGRAFIA

- Abellán, José Luis. *Ortega y Gasset en la filosofía española*. Madrid: Tecnos, 1960.
- Alonso, Amado. *Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos*. En *Estudios lingüísticos (temas españoles)*, Edit. Gredos, Madrid, 1996.
- Araya, Gonzalo. *Claves filológicas para la comprensión de Ortega*. Madrid: Gredos, 1971.
- Calles Vales, José. , Bermejo Meléndez, Belén. *Dichos y frases hechas*. Madrid, Libsa, 1999.
- Casares, Julio. *Introducción a la lexicografía moderna*. Anejo LII de la RFE, C. S. I. C., Madrid. 1950.
- Edmundo Concha, V. *El estilo en José Ortega y Gasset*. Atenea, CXXIV, núms. 367-368, Madrid, 1956.
- Fuentes Rodríguez, Catalina, *Lingüística pragmática y Análisis del discurso*, Madrid, Arco/Libros, 2000.
- Garagorri, Paulino. *Ortega, una reforma de la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente, 1958.
- - . *Introducción a Ortega*. Madrid: Alianza, 1970.
- - . *Unamuno y Ortega*. Pamplona: Salvat, 1972.
- Gil, Joaquín. *Gran Diccionario de refranes de la lengua española*. Editor, Buenos Aires. 1943.
- Iriarte, J. *Ortega y Gasset: su persona y su doctrina*. Edi. Razón y Fe, Madrid 1962.
- Lamano de Beneite, José. *El dialecto vulgar salmantino*. Diputación provincial de Salamanca, Salamanca. Edición 2ª. 2002.
- Mahmud M. Othaman, Mohammad. *La rebelión de las masas de J.O. y Gasset: estudio estilístico*. Trabajo de Tesina, Universidad de El Cairo, Facultad de letras. El Cairo, 2002.
- Marías, Julián, Ortega. *Circunstancia y vocación*, Madrid, Revista de Occidente. 1960.
- Maldonado de Guevara, F. *El lenguaje de Ortega y Gasset*. Revista de filosofía, XVI, núms. 60-61, Madrid, 1957.
- Marías, J. *Ortega: circunstancia y vocación*. Revista de Occidente, Madrid, 1960.
- Martín Alonso, V. *Evolución sintáctica del español*. Aguilar, Madrid, 1962.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Manual de Gramática histórica española*. Espasa-Calpe. Madrid, 1992.
- Muñoz Cortés, M. *Ortega o el nacimiento de un estilo*. Insula, núm. 13, Madrid, enero 1977.
- Ortega y Gasset, José. *Obras completas*. Alianza, Revista de Occidente, Madrid, 1987-1989.
- Ramírez, S. Fernández. *A propósito de los diminutivos españoles*. Acta Salmanticensia, Salamanca, 1962.
- Torrente Ballester, Gonzalo. *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid, Guadarrama, 1965.
- Rosenblat, Ángel, *Ortega y Gasset: lengua y estilo*, Caracas : Universidad Central de Venezuela, 1958.
- Senabre Sempere, Ricardo. *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1964.
- Zamora Vicente, Alonso. *El dialectalismo de José Gabriel Galán*. En estudios de dialectología hispánica, Santiago, Universidad de Santiago de Compostela. 1986.